

# (IV) Las islas de la aventura: Samoa

## UN REY BLANCO ESCOCES (Robert Louis Stevenson) EN EL PARAISO TROPICAL

El escritor Robert Louis Stevenson vivió tranquilamente los últimos años de su agitada existencia en los mares del Sur, con su mujer, los hijastros y unos cuantos criados.

Por FEDERICO PATELLANI



El escritor Robert Louis Stevenson es quien con Paul Gauguin, vivió durante más tiempo y con mayor estabilidad su aventura humana en una isla de los mares del Sur. Pero en qué condiciones tan diferentes desembarcó Stevenson en Samoa en 1891, tras un cómodo crucero a través de los archipiélagos de

la Micronesia comenzado en 1888 a bordo de su yate privado, "El Casco", y en compañía de su mujer y de sus hijastros.

No era ningún desarraigado que, como Gauguin, buscara desesperadamente sus propios cimientos de hombre y artista en el contacto con los indígenas, sino un extravagante gentleman escocés enfermo de tuberculosis que, excitado por la lectura de Melville, y tras de haber ido varias veces a Menton, la Riviera y Davos, creyó poder encontrar la salud en el clima de los Trópicos. Compró en Upolu, una de las islas de la Samoa occidental, una hacienda que bautizó, al modo indígena, con el nombre de "Vailima" (cinco ríos); y mientras recorría en su yate los mares de Australia mandó que le construyeran primero una espaciosa cabaña, luego una hermosa villa y, establecido allí definitivamente, le gustaba que le considerasen el rey blanco de la isla. Los habitantes, por la extraordinaria sugestión que sabía infundir a las historias que contaba, pipa en boca y sentado en la terraza, aquel es-

cuálido extranjero de mirada febril y penetrante, le habían dado el nombre de "Tusitala" ("narrador de historias").

Stevenson llegó a Samoa tras una vida agitada, a menudo dramática, pero sin llegar nunca a trágica.

Nacido en Edimburgo en 1850, su padre quería que fuese ingeniero, para que siguiese la tradición de la familia, que había dado a Escocia e Inglaterra grandes constructores de faros marítimos. Pero el extravagante e imaginativo muchachito, que había heredado de su madre el óvalo perfecto y una salud delicada, después de matricularse en la politécnica prefiere seguir otra carrera menos pesada, la de jurisprudencia, para abandonarla igualmente; quería ser escritor. El padre, compleja personalidad obsesionada por escrúpulos religiosos (es sintomático el hecho de que la decisión del gran viaje a los mares del Sur la tomara un año después de su muerte), trató de obstaculizar una vocación, dando a su hijo las más modestas asignaciones posibles. Stevenson, que había empezado a ganar algo con sus escritos, pero que siempre estaba mal de dinero, tuvo que acceder a continuar sus estudios de derecho, que terminó y que luego no le sirvieron para nada.

Gracias a las visitas que hacía de muchacho a los faros de las peligrosas costas escocesas, de cuya instalación estaba encargado su padre, y a ciertos cuentos fantásticos de su institutriz

Cunny, a la que dedicaría posteriormente "Jardín de versos de un niño", Stevenson empezó a sentir fascinación por los viajes. Y entonces se dedicó a viajar por Europa mochila al hombro, como un moderno globe-trotter, con la esperanza de que le tomara "un pobre; pero cuando una vez, en Francia, le arrestaron por vagabundo, se enfureció y fue puesto inmediatamente en libertad por intervención de un amigo suyo diplomático. Toda la vida del escritor se desarrolló, puede decirse, bajo la bandera "beat", aunque con la seguridad que representaba la asignación paterna.

Las diferencias con el padre, al que Stevenson —sea dicho sin ironía— debía, en cierto sentido, el gusto por la búsqueda estilística, ya que solía multarlo con un penique cada vez que empleaba una palabra que "a su juicio reclamaba formas dialectales", se hicieron más patentes cuando el joven rebelde anunció que pensaba casarse con una americana, Fanny Osbourne, diez años más vieja que él, con dos hijos y en espera de conseguir el divorcio. Sin embargo, también esta vez logró superar la tormenta que se produjo en su casa, y en 1880 Fanny se convirtió en su esposa.

Célebre ya por "La isla del tesoro", "La flecha negra", "El extraño caso del doctor Jekyll y de mister Hyde", Stevenson vivió en "Vailima" una existencia serena y sin preocupaciones, como un auténtico autor de best-seller. En sus cartas a



Robert Louis Stevenson, el escritor que tuvo su reino en Samoa.





La nueva etapa del viaje por el Pacífico.

Los relieves de Upou, un espinazo que atraviesa toda la isla de oriente a occidente señalada por cuarenta y cinco volcanes extintos, garantizan una perfecta distribución hidrográfica, tanto en la vertiente norte como en la vertiente meridional. Los frecuentes torrentes bajan hasta el mar cortando los bosques, y es sobre sus orillas, en los lugares donde el curso es menos rápido, donde surgen los pueblos costeros.

los numerosos amigos que había dejado en Europa, anunciaba, no sin cierta ingenua coquetería, que tenía nueve criados, ocho caballos, cinco cabezas de ganado y muchísimos pollos. Para las ceremonias particulares, el personal iba vestido con kilts del color del tartán "Royal Stewart". Como buen gentleman-farmer, el escritor se despertaba al rayar el alba, tomaba un abundante desayuno a base de té y productos locales y trabajaba tres horas metido en la cama; luego se levantaba y se dedicaba a sus terrenos; luego comía y escribía otra vez, para volver después a los campos hasta las cuatro. "De las cuatro a las cuatro y media —escribía en una de sus cartas— hago el tonto; a las 4,30 me baño; a las 4,40 me siento en la terraza y me como dos de-

liciosos mangos; a las 5 la cena, luego fumo un poco, charlo otra vez en la terraza; luego juego a las cartas y, finalmente, a las 8, subo a mi habitación con una pizca de cerveza y una galleta, y cuando las termino me voy a dormir.

Una jornada que, guardando las proporciones, podría ser igualmente la de Hemingway en Cuba o la de Ian Fleming en Jamaica.

El 3 de diciembre de 1894, su Fanny no se encontraba muy bien. Louis, para darle vigor, bajó a la bodega en busca de una botella de vino de Borgoña; luego volvió al comedor, y mientras estaba ayudando a su hijastra a preparar una ensalada, se desplomó sobre el suelo, víctima de una hemorragia cerebral. Murió dos horas más tarde. Tenía solamente 44 años.

sigue



# LAS ISLAS DE LA AVENTURA

## STEVENSON SUBE LA COLINA

Cuando vi la isla por primera vez, no había despuntado el sol todavía. La luna se estaba poniendo ya por occidente, pero aún aparecía grande y luminosa. Por el oriente, sobre un cielo color de rosa, la estrella matutina brillaba como un diamante. Desde tierra nos llegaba una suave brisa con olor a limón silvestre y a vainilla; también trala otros olores, pero aquéllos eran los más evidentes; y el frescor me hizo estornudar. He de decir que había pasado algunos años en una isla cerca del Ecuador, viviendo la mayor parte del tiempo solitario entre los nativos. Esta constituía para mí una nueva experiencia; hasta la lengua me resultaba extraña; y la vista de aquellos bosques y montañas y su raro olor me renovaban la sangre... Conforme me acercaba a la cima de la colina, el terreno, boscoso, estaba muy empinado por aquella parte, el viento empezó a azotarme la cara y las ramas a doblarse y torcerse para dejar pasar los rayos del sol; era siempre el mismo zumbido y nada que te hiciese estremeceerte. Pues bien, había llegado a un lugar en donde la maleza estaba compuesta por eso que llaman nuez de coco silvestre —muy graciosa con sus frutos escarlatas—, cuando de pronto el viento me trajo sonido de un canto como no había oído nunca antes. Traté de persuadirme a mí mismo de que eran las ramas; sabía que no era así. Pero tampoco era un pájaro; nunca había oído yo a un pájaro cantar de ese modo. Subía y crecía, se callaba y volvía a crecer; y ora parecía que alguien lloraba, solamente que con más gracia; ora parecía un arpa; de lo único que estaba seguro era de que se trataba de algo demasiado dulce como para ser natural en un lugar como aquél. Podéis reiros de mí, si queréis, pero os confieso que me vinieron a la mente las seis jóvenes que había visto salir de las grutas de Fanga-anaana con sus collares escarlatas, y me pregunté si cantarían así.

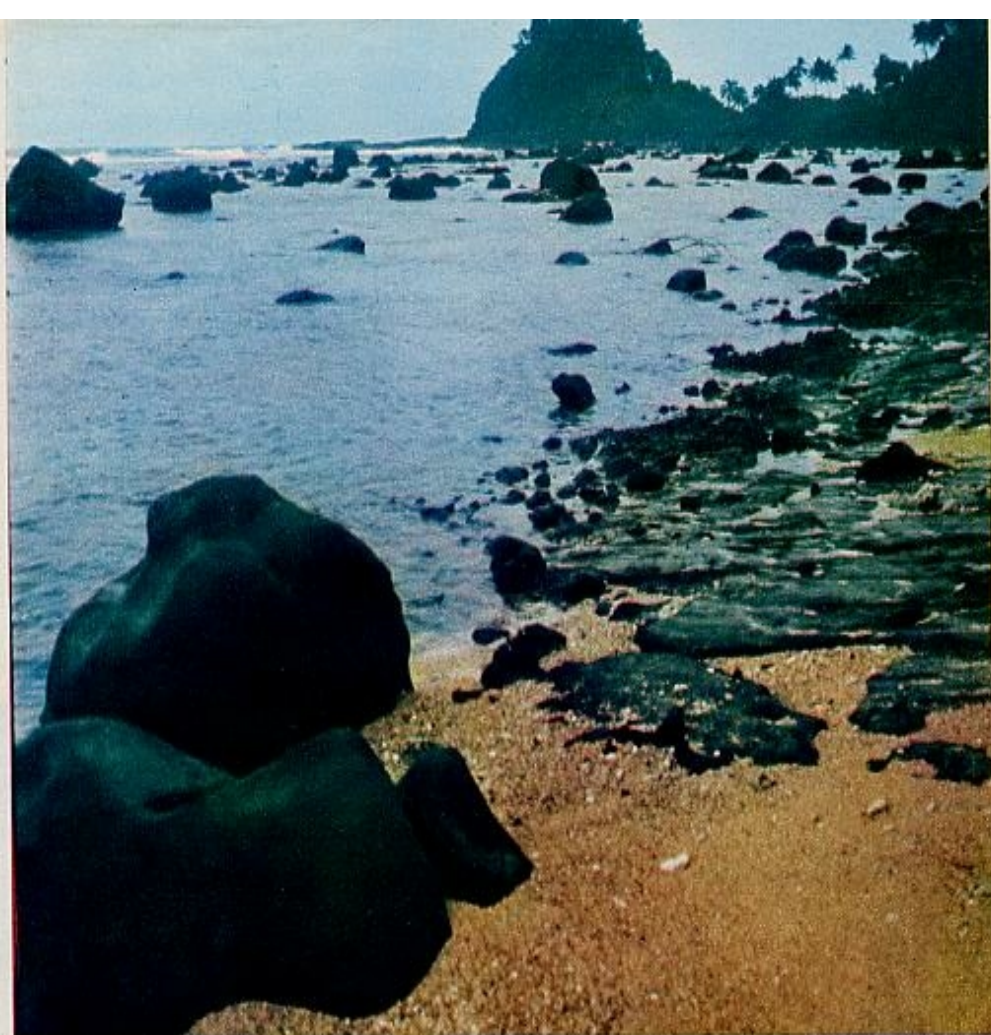
Nosotros nos reímos de los nativos y de sus supersticiones; pero ved cuántos hombres blancos se vuelven supersticiosos, hombres educados y que han sido a lo mejor contables o empleados en sus patrias. Yo creo que una superstición crece en un determinado lugar como las malas hierbas; y oyendo aquellos lamentos, yo temblaba de pies a cabeza. Podéis llamarme cobarde, por lo menos tuve el coraje de seguir avanzando, aunque con mucho cuidado, con el fusil raso, echando continuamente miradas en torno esperando ver a alguna hermosísima doncella entre los matorrales, y decidido (si la veía) a recibirla con una descarga de perdigones.

*"El terreno del bosque está por esta parte empinado como una escalera", escribe Stevenson. Pensaba quedarse para siempre allá arriba, en lo alto del monte, y había hecho un trato con algunos nativos para que cuando muriera llevaran allí su cadáver; según el trato, la familia debía pagarles un chelin por cada paso que dieran. Debieron dar unos tres mil pasos. Los herederos tuvieron que darles, pues, aproximadamente 150 libras esterlinas.*

*Esta es la playa con rocas negras, descrita por Stevenson. Y en la fotografía interior, el gran riachuelo, en el punto de la cascada que primero llega a la playa. En la novela, Stevenson dice que dicha playa está cerca de Falesá. En realidad, los samoanos han bautizado este lugar con el nombre de Falelé. El bosque cubre las orillas del torrente hasta justamente donde empieza la playa. Es una vegetación compacta y oscura, pero menos hechizada que como la vio Stevenson.*







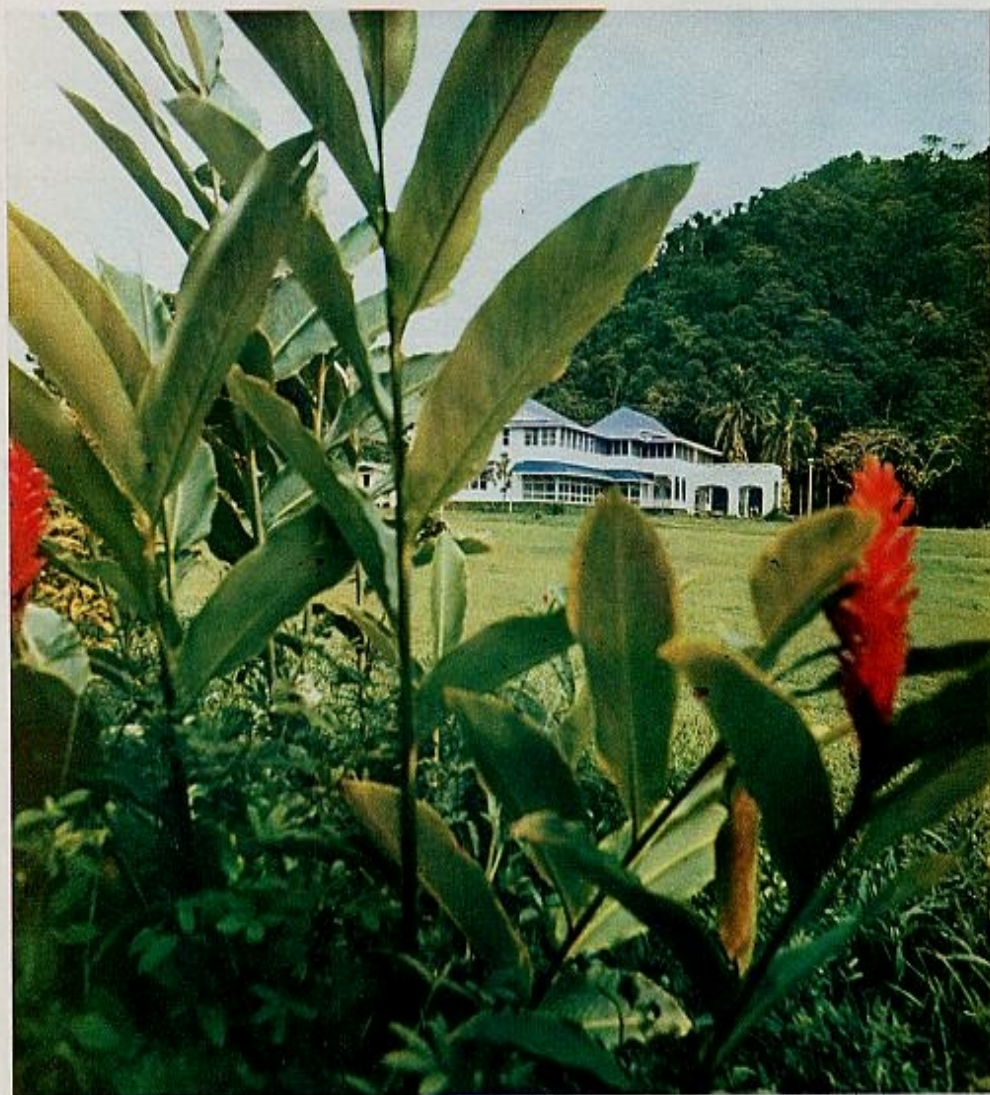
## ARENA DORADA Y ROCAS NEGRAS

Aproximadamente seis millas costa arriba, hay una bahía resguardada que llaman Fanga-anaana (fondeadero lleno de grutas). Yo lo he visto desde el mar, desde lo más cerca que pudieron llegar mis remeros, y es una pequeña franja de arena dorada. Está dominada por negras escolleras, repletas de oscuras grutas; sobre la escollera se elevan altos árboles y de ella cuelgan abundantes llanas; y en un punto determinado, aproximadamente en el centro, un riachuelo desemboca en una cascada.

Acertó a pasar por allí una barca, con seis jóvenes de Falesá, todos muy graciosos, y esto fue su pérdida. Soplabo un fuerte viento, y el mar furioso, y cuando llegaron a la altura de Fanga-anaana y vieron la cascada tan blanca y la playa en la sombra, estaban cansados y además sin agua. Uno de ellos propuso que se desembarcara para beber, y como eran unos irreflexivos, los demás aceptaron la idea, con excepción del más joven. Este, que se llamaba Lotu y era un jovencito muy sensato, les dijo que estaban locos, que aquel lugar era frecuentado por espíritus, diablos y muerte, y que no había nadie que viviese a menos de seis millas por un lado y aproximadamente doce por el otro. Pero los demás se rieron de sus palabras, y comoquiera que eran cinco contra uno, remaron en dirección de la tierra y desembarcaron en la playa. Era un lugar extremadamente agradable, según Lotu, y el agua era excelente.

Los jovencitos dieron una vuelta a la playa y comprobaron que no había modo de escalar la escollera, con lo que se quedaron tranquilos; y finalmente decidieron sentarse para comer las provisiones que llevaban. Apenas lo hubieron hecho, cuando aparecieron seis mujeres por la boca de una de las muchas grutas oscuras que había allí.

Eran hermosísimas, tenían flores en el pelo y coronas color escarlata, y empezaron a bromear con aquellos jovencitos y éstos a bromear con ellas, excepción hecha de Lotu. Este, comprendiendo que no podía haber ninguna mujer viva en aquel lugar, echó a correr, se tiró en el fondo de la barca, se tapó la cara con las manos y se puso a rezar. Mientras duró todo aquello Lotu no dejó de rezar, y eso es todo lo que supo hasta que volvieron sus amigos, hicieron que se sentase y, todos juntos, se hicieron otra vez a la mar. Cuando Lotu miró otra vez hacia la playa ya no quedaba huella alguna de las señoras. Pero, y esto fue precisamente lo que asustó a Lotu, ninguno de los cinco recordaba nada de lo que había sucedido, sino que todos estaban como borrachos, cantaban y reían en la barca y bromeaban.



*La localidad de Vailima dista de Apta, la capital, unos pocos kilómetros y goza de un clima agradable. No se comprende, por qué Stevenson mandó que le trajeran una chimenea desde Inglaterra. La casa donde vivió conserva el ala original, pero ha sido ampliada y modernizada; actualmente es residencia del presidente de Samoa Occidental, que es el primer estado polinesio completamente independiente. sigue*



## LAS ISLAS DE LA AVENTURA

### LA MUJER INDIGENA ORGULLOSA Y MODESTA

Estaba a punto de caer la noche; el pueblo olía a plantas, a flores, a mar y a los frutos del árbol del pan; se oía el mar meciéndose entre las rocas, y desde lejos, desde los árboles y las casas, llegaban graciosos sonidos de hombres y niños. ¡Qué agradable era respirar el aire libre, fuera de mi país!; olvidándome por un momento, le tomé la mano mientras caminábamos. Sus dedos acariciaban los míos, oía su respirar profundo y rápido. De repente llevó mi mano a una de sus mejillas y la apretó contra ella: «¡Usted es bueno!», exclamó, y salió corriendo delante de mí; luego se volvió sonriente para ponerse otra vez a correr, guiándome así por el bosque hasta mi casa... Ahora bien, yo era de los que se oponían a las estúpidas ideas de igualdad con los indígenas: había visto tantos blancos explotados por los parientes de la mujer, al mismo tiempo burlados; y decidí poner las cosas en su punto. Pero ella parecía tan graciosa cada vez que corría y tan sonriente cada vez que se paraba a esperarme, y era como un perrito cariñoso o un niño, que no podía por menos de seguirla sumiso, escuchando los pasos de sus pies descalzos y mirando en el crepúsculo su cuerpo luminoso. Se hacía la gatita ahora que estábamos solos, pero en casa se había comportado como una condesa, tan orgullosa y modesta al mismo tiempo. Y ya fuese por su ropa (las pocas que llevaba, pocas y tan indígenas), ya fuera por su fina "tapa", sus perfumes, las flores rojas y las semillas, brillantes como joyas, sólo que algo mayores, pensé por un momento que era realmente una especie de condesa, vestida para asistir a un recital de grandes cantantes.

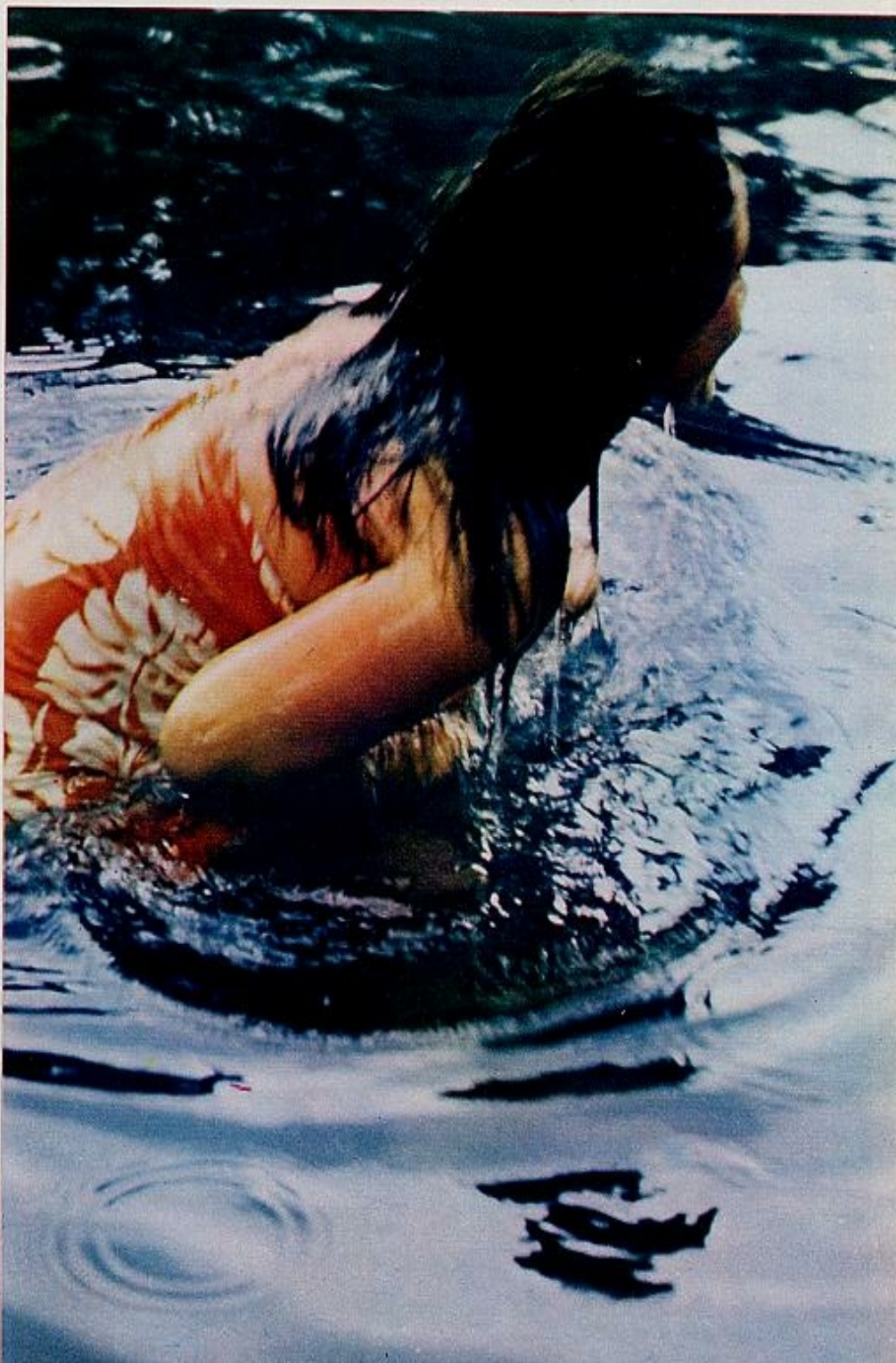
Fue la primera en entrar en casa; y, desde fuera, vi encenderse una cerilla y luego la luz de una lámpara. Una, estaba esperándome junto a la mesa. Su sombra llegaba hasta el techo de hierro, y la luz de la lámpara hacía su piel resplandeciente. Yo me detuve a la puerta, y ella me miró, sin hablar, con ojos al mismo tiempo ardientes y humildes. Luego se tocó el pecho: «Yo su mujer», dijo. Nunca me había ocurrido algo igual. Su deseo me estremeció de arriba abajo, como el viento a una vela.

No hubiese podido hablar aunque hubiese querido hacerlo, y si hubiese podido, no lo habría intentado; me avergonzaba de ser tan fácil presa de una mujer indígena.

*La muchacha samoana de hoy en día, al igual que sus antepasadas, tiene la costumbre de bañarse vestida de una ligera túnica. El clima de la isla, y particularmente la constante ventilación, se lo secan en pocos minutos; la gracia con la que nuestra muchacha entró en el agua es una gracia connatural con las samoanas, las más elegantes entre las polinesias, y de las que se dice que andan como diosas.*



*Guiado por muchachos indígenas, he subido hasta el monte Vasa y he depositado una corona de flores sobre la tumba de Stevenson. En la escalada me acompañaba el recuerdo de sus páginas y también el lector podrá seguirme leyendo en estas páginas los párrafos extraídos de sus novelas. El monte Vasa es en realidad, un corro escarpado que domina Vailima, donde vivió Stevenson.*







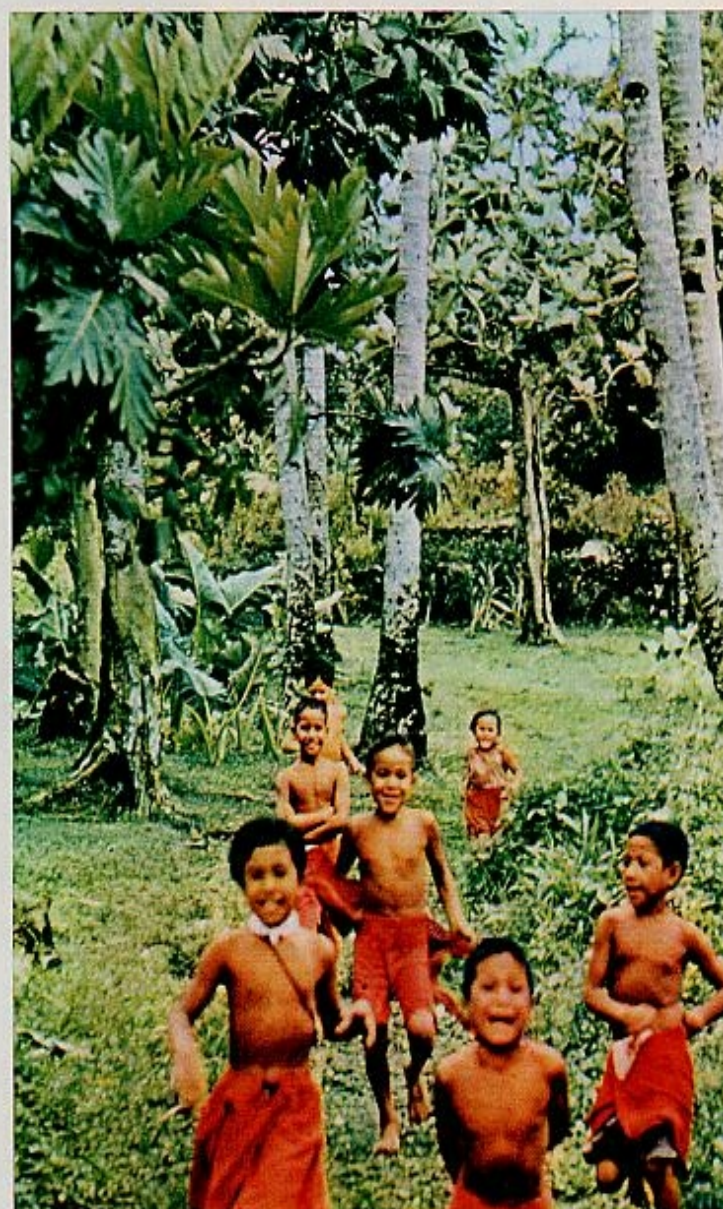
La muchacha se alejó de la zona recubierta de anchas hojas acuáticas e inició el baño. Se enjabonó el pelo abundantemente, resaltando la espuma blanquísima contra su piel de oro. En Samoa se encuentran mujeres de notable hermosura, y más puras, desde el punto de vista de la raza, que las tahitianas, aunque éstas tienen más fama, debido, sobre todo, a la inolvidable presentación que hizo de ellas Gauguin.

sigue

Aspera y recorlada en la parte oriental de la vertiente norte, la costa de Upolu es bastante llana y cultivable en la occidental. Al mismo tiempo, la naturaleza del terreno favorece más que en otros lugares el empleo del caballo como medio de transporte. Se trata generalmente de caballos blancos, acostumbrados naturalmente a vivir libres, pero mansos y dispuestos a servir a su dueño en cualquier momento.



La gente de las Samoa es cordial y sonriente, sea cual sea su edad. Los niños miran al extranjero con curiosidad, pero sin molestarlo. La naturaleza de la isla es particularmente lozana, y el verde espontáneo hace que las Samoa sean, quizá, las más bellas entre las islas del Pacífico. Al atravesar sus bosques, vienen a la memoria las palabras de Stevenson, y es como si estuviera de guía a nuestro lado.





## MIRADAS FIJAS EN EL EXTRANJERO

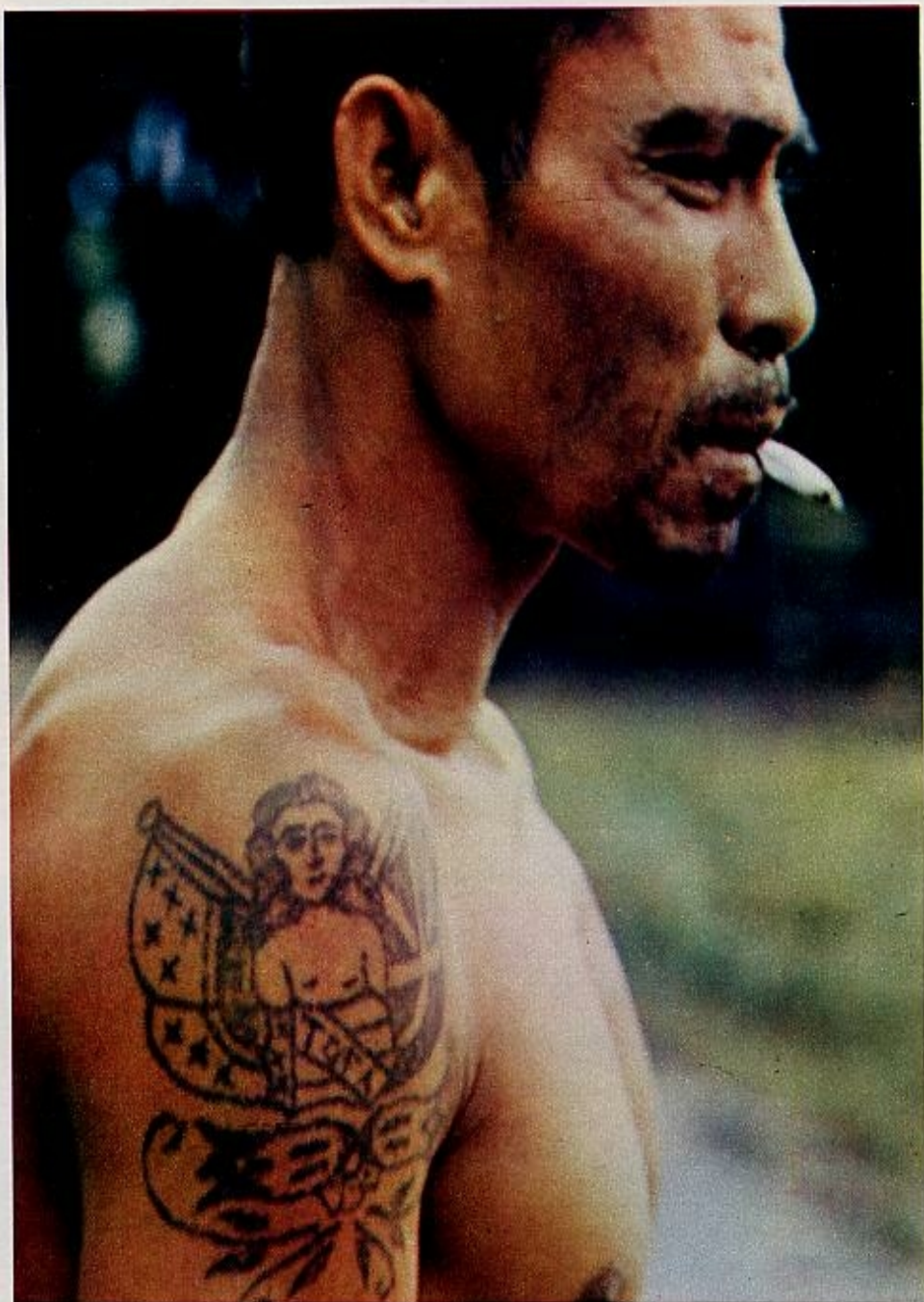
Al día siguiente salí a la terraza poco antes de que amaneciese. Mi casa era la última por el lado este; y detrás había un promontorio boscoso que ocultaba la salida del sol. Al oeste discurría un río de aguas rápidas y heladas, y al otro lado del mismo estaba el prado del pueblo, con palmeras, árboles del pan y la mayor parte de las casas. A través de las persianas, algunas estaban abiertas y otras cerradas, veía los mosquiteros, y en su interior sombras de personas que acababan de despertarse y estaban sentadas en la cama; mientras tanto, otras paseaban silenciosas por el verde, envueltas en sus mantones multicolores como beduinos en algún grabado de la Biblia. La mañana parecía aún inanimada, solemne y fría, y la luz del alba sobre la laguna resplandecía como un fuego. Pero de repente vi algo que me preocupó: Una docena de jovencitos, algunos todavía niños, formando una especie de semicírculo al lado de mi casa. El río los dividía; algunos estaban en la orilla de acá, otros en la de allá, y uno de ellos en una piedra que habla en el medio; todos estaban sentados en silencio, envueltos en sus sábanas, inmóviles como perros, mirándome fijamente a mí y a mi casa.

Al salir, la cosa me pareció ya bastante extraña. Y cuando, después de bañarme, volví y me encontré a todos ellos y alguno más, la cosa me pareció aún más extraña. No lograba comprender por qué miraban mi casa de ese modo, y entré. Pero, preocupado y nervioso por lo que había visto, volví a salir. Ya había amanecido, pero el sol aún no había salido de detrás del promontorio boscoso. Había transcurrido aproximadamente un cuarto de hora. En vez de unos cuantos muchachos había ahora una verdadera multitud; la mayor parte de la gente estaba alineada a lo largo de la orilla de allá del río... y todos miraban mi casa atentamente. No era la primera vez que veía una casa rodeada de ese modo en un pueblo de los mares del Sur, pero es que en aquella otra ocasión había dentro de la casa un comerciante que maltrataba a su mujer.

Pero ahora no ocurría nada que justificase todas aquellas miradas: la estufa estaba encendida y el humo salía por la chimenea cristianamente; todo estaba, pues, en orden: Ciertamente que había llegado un extranjero, pero habían tenido ocasión de verle el día anterior y lo habían acogido con bastante calma. ¿Qué les pasaba ahora? Apoyé los brazos en la barandilla y me puse a mirarlos fijamente. ¿Qué diablos tenían! De cuando en cuando veía murmurar entre sí a los niños, pero ni una sola de sus palabras llegaba a mi oído. Los demás parecían estatuas: me miraban melancólicos y mudos con sus grandes ojos; y pensé que la escena no hubiese sido muy distinta si, en vez de en la terraza, yo hubiese estado en el patíbulo y toda aquella gente hubiese acudido para presenciar el acto.

*Una casa en Salepouas, en la parte occidental de la vertiente septentrional de Upolu. También aquí el suelo está recubierto de esteras, sobre las que los niños se arrastran desnudos.*

*La vida al aire libre, incluso cuando están dentro de casa, hace posible el perfecto estado de salud de los samoanos, que incluso cuando son viejos, presentan un aspecto envidiable. La mujer samoana es una buena madre.*



*Los tatuajes se utilizan todavía bastante en muchas islas del Pacífico, y sobre todo en Samoa, cuyos hombres siempre estuvieron en contacto con marinos, primero alemanes y luego ingleses, durante los cincuenta últimos años. En la fotografía, un samoano tatuado. Recordamos un párrafo del escritor: "Estaba tatuado en varios puntos... los dibujos eran claramente visibles y estaban muy bien ejecutados; cerca de la espalda se veía una horca con el ahorcado..."*





## LAS ISLAS DE LA AVENTURA

### LAS SUGESTIVAS VOCES DE LA ISLA

Una de mis principales ocupaciones aquellos días era la caza, y afortunadamente aquellos bosques eran muy ricos. He hablado en otras ocasiones del promontorio que cerraba el pueblo por el lado este. Por su borde pasaba un sendero que llevaba hasta la bahía más próxima.


En aquel lugar soplaban siempre un fuerte viento, y comoquiera que la escollera terminaba justamente al borde del promontorio, el mar batía con furia la costa de la bahía. Esta estaba dividida en dos partes por una pequeña colina cortada a pico, que caía próxima a la playa; y en la marea alta, las olas rompían directamente contra su pared, de tal forma que era imposible pasar. Alrededor de aquel lugar se levantaban montañas cubiertas de espesos bosques; por su lado oriental, la barrera era especialmente escarpada, y en su parte más baja formaba negras escolleras con vetas de cinabrio; la parte superior aparecía jibosa debido a las copas de los árboles. Algunos de éstos eran de un verde luminoso, otros rojos, y la arena de la playa, negra como vuestros zapatos. En torno a la bahía revoloteaban verdaderas bandadas de aves, algunas de las cuales eran blancas como la nieve; y el zorro volador (o vampiro), entre ellos, enseñaba los dientes desde el aire.

Durante varios días aquel lugar fue meta de mis excursiones cinégeticas, y no pasó del mismo. En efecto, no había señal alguna de que existiera un sendero que llevase más allá, y las palmeras que había enfrente del valle eran las últimas por aquella parte. Porque todo el "ojo" de la isla, así es como los nativos llaman a la parte de barlovento, estaba completamente desierto. Desde Falesá hasta Papamalulu no había ni casas ni hombres, ni plantaciones de árboles frutales, y no habiendo más que alguna escollera que otra, el mar golpeaba contra las rocas; al parecer, no existía ninguna vía de acceso.

Y al otro lado, la espesura comenzaba de forma abrupta; una espesura alta, plantas que se alzan como mástiles, lianas que cuelgan como los cordajes de una nave, y malignas orquídeas que crecen en las cavidades como hongos... Innumerables mariposas revoloteaban por doquier como hojas muertas, a veces se oía el reclamo de algún pájaro, otras veces, la voz del viento sobre las copas de los árboles; y siempre el canto del mar a lo largo de la costa. Pero es difícil hablar de la extrañeza de aquel lugar a alguien que no haya estado en alguno semejante. El día más espléndido se convierte en penumbra en medio de aquella vegetación. No puede verse nada con claridad; se mire por donde se mire el bosque, éste se cierra; las ramas se unen unas a otras como los dedos de una mano, y cada vez que se presta atención se oye algo nuevo: hombres que hablan, niños que ríen, los golpes de un hacha lejana y, a veces, una especie de murmullo rápido y oculto.

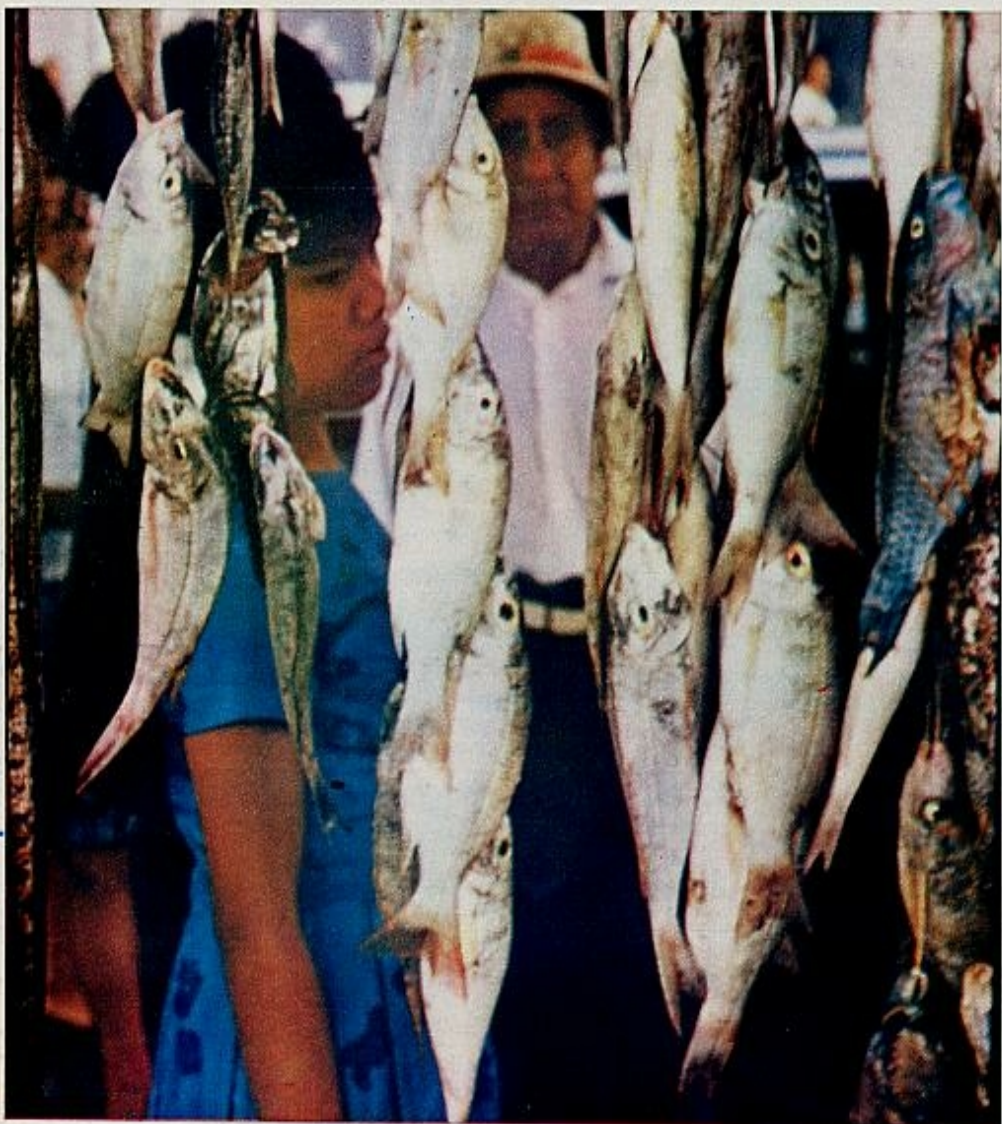
(Reportaje MONDIAL PRESS)

PROXIMO CAPITULO:  
LAS ISLAS DE LA AVENTURA (V)  
NUEVAS HEBRIDAS



La misma casa para hombres, vista desde el interior. El suelo está cubierto de amplias esteras, originales de uno de los artesanos locales más sonados.

Los samoanos, cuando se reúnen en la casa comunal, suelen sentarse de forma que puedan apoyarse en las columnas de madera que sostienen el tejado. En las reuniones se discuten los problemas del pueblo o, simplemente, se habla de los hechos cotidianos.



Las Samoa son ricas en bancos de peces, y los pescadores tienen la costumbre de ensartar los peces según sus tamaños y a medida que se van pescando. Llegan así ensartados al mercado, y allí los cuelgan de las ramas de los árboles. El mercado del pescado dura en Apía prácticamente todo el día, porque los pescadores no dejan de llegar al puerto. Pero por la mañana y por la tarde es cuando hay mayor afluencia.